

## LAS RESISTENCIAS SIN ESPERANZA. EL CASO DE RODIL EN EL CALLAO

María SAAVEDRA INARAJA<sup>1</sup>

### *RESUMEN*

La guerra de independencia de los territorios hispanoamericanos pasó por diversas fases, y diferenció su carácter según las regiones. En este artículo se describe la heroica –y penosa– resistencia de José Ramón Rodil en los castillos del Callao, esperando siempre una ayuda de España que nunca llegó. Y con la perspectiva que da el paso del tiempo, se analizan las causas por las que aquellos «islotes» de resistencia realista en América no tenían ningún fundamento para esperar ese socorro.

*PALABRAS CLAVE:* Independencia de Perú, El Callao, Jose Ramón Rodil, Consejo de Estado, Simón Bolívar.

### *ABSTRACT*

The war of independence of the Spanish-American territories went through various phases, and its character differed according to the regions. This article describes the heroic –and painful– resistance of José Ramón

---

<sup>1</sup> Universidad San Pablo CEU. Paseo de Juan XXIII, 3 (28040 – Madrid). msaavedra@ceu.es

Rodil in the castles of Callao, always waiting for help from Spain that never came. And with the perspective that the passage of time, the causes are analyzed why those «islands» of royalist resistance in America had no basis to wait for that help.

*KEY WORDS:* Independence of Perú, El Callao, José Ramón Rodil, Consejo de Estado, Simón Bolívar.

\* \* \* \* \*

## INTRODUCCIÓN

Como señala Rodríguez Aldana<sup>2</sup>, estamos ante un tema que ha generado enorme interés a ambos lados del Atlántico. Y, tal como indica este autor, a veces la aproximación que se ha realizado al análisis de los meses en que el brigadier José Ramón Rodil permaneció resistiendo un asedio en las fortalezas del Callao (Perú), adolece de cierta superficialidad o banalización en la interpretación de los hechos.

Es igualmente fácil caer en una valoración moral de los sucesos, cerca de doscientos años después de que ocurrieran. Esto puede llevar a hacer consideraciones simplistas, o bien en forma de panegíricos, o en rotundas condenas de la actitud de Rodil.

El presente artículo trata de despegarse de esas visiones simplificadoras o moralistas de lo que sucedió en las fortalezas del Callao. No quiere esto decir que no intentemos hacer una aproximación a las motivaciones que le hicieron «resistir frente a toda esperanza», como hoy sabemos que sucedió. Pero trataremos de demostrar que resistió porque tenía esperanza en un socorro que nunca llegó.

Ciertamente, el caso de Rodil es llamativo, pero no único. Como señala Delfina Fernández, hubo más «islotes» realistas en medio de un mar de revolucionarios. La lealtad al rey, y el deseo de seguir formando parte de la monarquía española fueron casusa de varios movimientos de resistencia frente a la revolución independentista. Según la mencionada autora,

<sup>2</sup> Rodríguez Aldana, Christian: «Un tema poco conocido y bastante estudiado: la resistencia de José Ramón Rodil a través de libros, memorias militares, diarios y manifiestos personales», en *Nueva corónica* n° 2, Lima, 2013, pp. 289-311. En este artículo, el autor realiza un estado de la cuestión acerca del tema, analizando fuentes primarias y la bibliografía existente.

la resistencia seguía las pautas de la política española, que no renunciaba a ningún asidero<sup>3</sup>. Contempla los casos de Montevideo, Costa Firme, San Juan de Ulúa y Chiloé. Todas estas realidades fueron «una angustiosa expresión de fidelidades que no podían romperse tan fácilmente ni por pactos ni por acuerdos entre los hombres»<sup>4</sup>. Así pues, no solo fue Rodil quien esperó contra toda esperanza. En algunos rincones de América se confiaba todavía después de la proclamación de independencia que existía una oportunidad de retorno al mundo que se descomponía a base de proclamas, sables y cañones. Nuestra visión difiere en algo de la Fernández, puesto que esos «islotos de resistencia» no seguían las pautas de España, ya que, con la difícil situación peninsular, España fue dejando de dar pautas para esa resistencia<sup>5</sup>.

El presente trabajo se va a articular en torno a dos ejes que son mencionados en el título del mismo. La primera parte, se centrará en el contexto bélico de la independencia del Perú, y el asedio final a los castillos del Callao, donde José Ramón Rodil resistió a las fuerzas independentistas más allá de toda lógica.

La segunda parte se centra en la realidad peninsular contemporánea a la guerra de independencia del Perú y al asedio del Callao. Veremos como esas expectativas de Rodil que anhelaba un socorro desde España, no tenían fundamento, por la propia situación política de la corona. El enfrentamiento entre absolutismo y constitucionalismo, liberales moderados y radicales, hacía que las decisiones se tomaran en el ámbito de la península, sin llegar a acometer el conflicto americano en sus últimas fases. Para documentar este epígrafe, me he basado fundamentalmente en los libros de actas del Consejo de Estado durante las sesiones celebradas en el período que centra nuestro estudio.

### LA ANÓMALA INDEPENDENCIA DEL PERÚ

El proceso de independencia del virreinato del Perú fue el más tardío de todos aquellos movimientos revolucionarios que culminaron con la proclamación de las repúblicas independientes en lo que habían sido reinos de España en el continente americano.

<sup>3</sup> Fernández, Delfina: *Últimos reductos españoles en América*. Mapfre, Madrid 1992, pág. 13.

<sup>4</sup> Rodríguez Aldana, Christian: (2017), *Las últimas banderas. Rodil, el Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824 - 1826)*. Tesis de Licenciatura. Lima, Universidad Nacional de San Marcos, 2017, pág. 13. Disponible en <https://cybertesis.unmsm.edu.pe/handle/20.500.12672/5829>

<sup>5</sup> El libro de Fernández es una descripción detallada de los focos de resistencia finales del realismo. Al describir cada uno, señala las motivaciones y las fórmulas específicas de cada uno de ellos. Considero que es un libro de obligada lectura para conocer sus últimos y heroicos (como señala la autora) focos de lealtad al rey.

De hecho, mientras que los primeros gritos revolucionarios resuenan en 1809 en el Alto Perú –actual Bolivia– la proclamación de independencia del Perú no será firmada por los próceres del virreinato hasta 1821. Y lo será de la mano del ejército de los Andes, liderado por José de San Martín. Este ejército, procedente de Argentina, en un genial movimiento bélico atravesó los Andes por seis lugares diferentes, cayendo sobre Chile y proclamando su independencia.

Una vez en Chile, los revolucionarios o patriotas<sup>6</sup>, por tierra y mar, se dirigieron hacia la capital del virreinato, Lima. Pensando que una vez tomada esta, la liberación de todo el virreinato sería inmediata. Al menos así había sucedido en diferentes reinos americanos.

Sin embargo, aunque la llegada a Lima de San Martín supuso efectivamente la firma del documento que proclamaba la independencia, esto no iba a ser tan rápido como se esperaban.

Hay quien ha escrito que las élites limeñas vivían al margen de las revoluciones que se daban en el resto del continente. Y me parece hasta cierto punto una consideración muy pertinente. Debemos tener en cuenta, además, que pesaba aún la sombra de la sangrienta revolución de Tupac Amaru, pocas décadas antes. La conocida como «Gran Rebelión», liderada por indígenas y a la que se sumaron mestizos e incluso algunos criollos en 1780, llegó a aterrorizar a las élites de tal manera que temían cualquier conato revolucionario acabara en otro baño de sangre.

Hay que tener en cuenta otro factor en este «retraso» de la revolución peruana. Y es la persona del virrey Abascal, que ocupó su puesto desde 1806 hasta 1816. Su figura y su fortaleza a la hora de defender los derechos de la monarquía en América (especialmente durante el cautiverio francés de Fernando VII), habían acallado las voces independistas tanto en Alto Perú como en la Capitanía General de Chile. De hecho, a propósito de la firmeza de este virrey en el gobierno del virreinato, se ha llegado a decir que mientras en España no había rey, Perú tenía el suyo propio<sup>7</sup>.

El regreso de Fernando VII a España podría haber supuesto el final de las revoluciones, pero sabemos que no fue así. Los ejércitos realistas, con su actuación intransigente hacia los liberales americanos no hicieron sino extender la antorcha de la revolución por todo el territorio de ultramar. Poco a poco, las grandes capitales iban sucumbiendo a la presión de los

<sup>6</sup> Así es como gustaban llamarse, y este es el término que emplean los documentos generados por los independentistas.

<sup>7</sup> Vargas Ezquerro, Juan Ignacio: «Cuando no había rey en España, Abascal lo era de América», en *Tiempos de América: Revista de historia, cultura y territorio*, n° 11, 2004, págs. 15-26

autoproclamados patriotas. Podía cuestionarse, como sucedió en el Río de la Plata, si era mejor el modelo republicano o el monárquico, pero ya los leales al rey de España se quedaban sin opciones.

Y mientras los ejércitos del norte, con Bolívar como estrategia y los del sur, desde Mendoza hacia Chile con José de San Martín iban abatiendo plazas realistas, en Lima parecía no darse siquiera la intención de unirse al bando revolucionario o independentista. La vida seguía en la disfrutona capital limeña, sin parecer preocuparse por los sucesos de la Península, ni por la suerte de sus vecinos americanos.

Sin embargo, el desembarco de José de San Martín aceleró los cambios. Los miembros de las principales familias de Lima firmaron la declaración de Independencia el 28 de julio de 1821. San Martín dejó claro que él quedaría en Perú sólo mientras se preparase el Congreso Constituyente que daría forma a la nueva nación. Y así lo hizo. Sin embargo, la unión de Lima a la causa independentista no supuso la caída de todo el virreinato. El virrey La Serna decidió abandonar Lima, y buscar campo de batalla más favorable, replegándose a la sierra, donde se hizo con el control de la antigua capital de los Incas, el Cuzco. Obligaba así a desplazarse a los ejércitos llevados por San Martín y por Sucre, lugarteniente de Bolívar. Desde el punto de vista bélico, nada estaba aún decidido.

Todo este cúmulo de circunstancias hacen que la independencia del Perú tenga ese carácter anómalo del que venimos hablando. Todavía no hay acuerdo entre los historiadores acerca del origen propio o foráneo de la proclamación de independencia. Es un tema recurrente, en el que no vamos a entrar, puesto que no es esencial para lo que nos ocupa. Sí es importante señalar que a partir de la toma de plenos poderes por parte de Bolívar, éste sería el jefe máximo de los ejércitos independentistas, apoyándose sobre todo en su hombre de confianza, Antonio José de Sucre.

Otro tema de interés es el papel que jugaron las potencias extranjeras, muy especialmente ingleses y franceses. Los ingleses, a pesar de la alianza coyuntural con España para expulsar al ejército napoleónico, eran los tradicionales enemigos de los intereses de España. Además, veían la oportunidad del momento para resarcirse del apoyo que España había brindado a las Trece Colonias en su guerra de independencia. Por su parte, Francia mantenía barcos en el Pacífico, y aunque supuesta aliada de España esperaba un final favorable a sus intereses económicos. Y ese final pasaba por la ruptura de lazos políticos y económicos entre los territorios de ultramar y su metrópoli.

Y mientras esto sucedía en América, ¿cuál era la situación de la España peninsular? Creo que es oportuno afirmar que en todo momento los gobernantes españoles pecaron de falta de miras y de cierta ingenuidad,

pensando que aquello era una pesadilla de la que despertarían cuando los americanos se dieran cuenta de que o bien la constitución, o bien el afianzamiento de la autoridad del rey, serían la solución de todos sus problemas americanos. Tenemos varios ejemplos de cómo la distancia entre Europa y América impidió percibir la situación de los reinos ultramarinos en toda su complejidad.

Cuando Fernando VII regresó tras la derrota de Napoleón, su retorno al absolutismo le hizo pensar que la figura firme del rey serviría para acallar voces liberales tanto en la península como en América. Sabemos que no fue así. En 1816 envió el ejército liderado por Pablo Morillo, veterano de la guerra contra los franceses. Como antes señalamos, la rigidez, y la dureza de los castigos y la falta de flexibilidad para negociar sólo aumentaron el odio contra todo lo que representara la figura del rey. Ciertamente, se obtuvieron victorias, pero los espíritus se iban alejando paulatinamente de la amistad con España. Esto sucedía muy especialmente en los virreinos de reciente creación, la Gran Colombia y el Río de la Plata. Allí, las élites comerciales veían con buenos ojos establecer relaciones económicas con otras potencias; y eso no sería posible mientras dependieran del monopolio mercantil español.

Por el contrario, México y Lima eran capitales de dos virreinos con una larga tradición y en los que las elites se habían acomodado en una posición social de la que no gozarían en un sistema republicano. La vida en ambas ciudades giraba en torno a fiestas, juegos de cañas, corridas de toros, mercados... Eran ciudades cortesanas, al fin y al cabo. Y no podemos olvidar que las independencias eran movimientos revolucionarios, que probablemente romperían ese estatus en el que se venían moviendo y al que se habían acomodado. Se había visto con miedo la invasión napoleónica en España, y todavía quedaban en la memoria las duras consecuencias que la revolución francesa había tenido para la aristocracia de aquel país.

No obstante, no quería caer en la simplificación de afirmar que las élites limeñas, que por tradición conformaban la oficialidad del ejército, estaban en una cómoda posición que les hacía renegar de todo cambio. En todas las llamadas revoluciones atlánticas, y las posteriores revoluciones liberales en Europa, miembros de la aristocracia y de las oligarquías sociales se implicaron en el cambio. Puede resultar tópico hacer referencia la famosa frase del Gatopardo: «Si queremos que todo siga como está, es necesario que todo cambie», pero responde a una realidad. Si no querían que la revolución les arrastrara por el fango como sucedió en Francia, debían ponerse a la cabeza de ella, dirigirla hacia sus propios intereses. Romper con España, pero mantener los privilegios que habían conservado durante tres siglos.

En este sentido, es llamativo algo que sucedió en los primeros meses tras la proclamación de independencia en Lima. Se suprimieron todos los privilegios, todos pasaban a ser ciudadanos. Y, sin embargo, una cierta nostalgia del pasado hizo que el propio congreso constituyente, bajo los auspicios de San Martín, creara la Orden del Sol para condecorar a los beneméritos de la Patria<sup>8</sup>. Y de esta manera, antiguos títulos nobiliarios fueron sustituidos por la nueva orden republicana, que será extinguida el 9 de marzo de 1825 por Simón Bolívar. En cualquier caso, volvería a restablecerse y en la actualidad existe con el nombre de Orden del Sol del Perú.

La situación de caos político no podía augurar una solución rápida para las tropas en combate. Además, conforme pasaban los meses, escaseaban lo víveres, y los mandos retrasaban la paga de la tropa. Esta situación dio lugar a diversos motines y levantamientos en ambos bandos

Como se ha señalado, son varias las controversias a que dan lugar los estudios en torno a la independencia del Perú: el protagonismo local o foráneo, la actuación del ejército realista con la capitulación de Ayacucho, y también la motivación de Jose Ramón Rodil en su empeño por resistir hasta más allá de los límites exigibles a unos soldados leales a su patria y a su rey. Nosotros centramos este estudio en la última de las temáticas señaladas, aunque necesariamente trataremos aspectos que hacen referencia a las controversias mencionadas.

Es difícil ponerle una fecha concreta a la definitiva independencia del Perú. Se proclama en 1821. Sin embargo, esa declaración no fue ni mucho menos concluyente. El propio San Martín buscaba la manera de lograr una salida dialogada. Ejemplo de ello son las conversaciones de Punchauca (mayo-junio de 1821), una hacienda ubicada cerca de Lima, en la que el Protector planteaba al virrey el establecimiento de una monarquía en Perú, que se vinculara de alguna manera a la dinastía española. En Nueva España si se dialogó. Pero la Serna consideraba que sería una falta de lealtad tomar esa decisión sin previa autorización de la Corona. Rotas las negociaciones, el ejército realista decide que, puesto que Lima ya está en poder de los patriotas, la lucha hay que darla en la sierra, y se dirigen hacia Cuzco.

<sup>8</sup> «La consideración de tan solemnes motivos, me ha sugerido el pensamiento de crear y establecer una orden denominada ORDEN DEL SOL, que sea al patrimonio de los guerreros libertadores, el premio de los ciudadanos virtuosos, y la recompensa de todos los hombres beneméritos. Ella durará mientras haya quien recuerde la fama de los años heroicos, porque las instituciones que se forman al empezar una grande época, se perpetúan por las ideas que cada generación recibe, cuando pasa por la edad en que averigua con respeto el origen de lo que han venerado sus padres». Dado en el palacio protectoral de Lima a 8 de octubre de 1821. Jose de San Martin. Bernardo de Monteagudo.

*EL COMPLEJO ESCENARIO BÉLICO: 1821-1824*

No podemos tratar en profundidad (no es lo que se pretende en este trabajo) las distintas fases de la guerra de independencia en el virreinato peruano. Pero algunos apuntes ayudarán a comprender la situación comprometida en que se vio José Ramón Rodil cuando se encontró defendiendo las fortalezas del Callao.

Ya se ha señalado que la élite limeña, a diferencia de lo que sucedió en otros focos independentistas, no llegó a tomar la iniciativa de la revolución. Precisamente los cambios de lealtades que se suceden desde 1820 hasta 1824 son un elemento a tomar en cuenta a la hora de comprender la larga guerra que se selló con la capitulación de Ayacucho, y que se prolongaría hasta 1826 en el desesperado empeño por defender los castillos del Callao.

Una sucinta cronología de los hechos acaecidos aporta cierta luz sobre la realidad de la revolución del Perú, que ni los propios peruanos fueron capaces de comprender a fondo, y mucho menos las autoridades de la Península.

Como antes se dijo, el virrey Abascal logró mantener de manera férrea el control realista en todo su territorio, haciéndolo extensivo también al Alto Perú. La marcha de este virrey, y la aparición de los ejércitos independentistas del sur (San Martín) y del norte (Simón Bolívar) son las realidades que provocaron la definitiva pérdida del Perú para la causa realista.

Aunque es un tema discutido y no resuelto, pienso que todo empezó en batallas y victorias libertadoras fuera del virreinato. Chacabuco y Maipú en Chile, Boyacá y Carabobo en Nueva Granada, van cerrando un cerco en torno al codiciado virreinato del Perú. Hasta que este no cayera en manos independentistas, no quedaría asegurada la independencia de toda la América del Sur.

Una vez liberado Chile, el ejército rioplatense y chileno va ascendiendo hacia el norte, por tierra y por mar, teniendo su objetivo puesto en la capital limeña.

El 8 de septiembre de 1820, San Martín desembarca en Pisco con su ejército, donde hará su primera proclama en pro de la independencia de la república peruana. Mientras tanto, aparentemente, la vida en la capital sigue su curso, ajena en parte a lo que se va a desencadenar sobre la ciudad y en todo el virreinato a los pocos días.

Por parte de las autoridades españolas, el 20 de enero de 1821, como es sabido, el virrey Joaquín de la Pezuela fue destituido por los militares, que nombraron máxima autoridad a José de la Serna, pensando entre otras cosas –además de consideraciones de carácter ideológico– que sería la persona adecuada para proteger los intereses del rey en el Perú.



Mientras tanto, desde Pisco avanza San Martín hacia Lima con los ejércitos chileno y rioplatense. Me parece oportuna una pequeña digresión acerca del papel que Lima tendrá en la emancipación del Perú. En un principio, se podía suponer que, tomada la capital, el virreinato caería. Pero hay que tomar en consideración la realidad social y política de la ciudad. Las principales familias de la élite peruana, con todos los privilegios y prebendas del periodo virreinal, vivían en la capital. Y como veremos en las próximas páginas, esta realidad provoca a veces indecisión, desconcierto e incluso cambios de bando entre esas élites. No contribuye a facilitar las cosas que Bolívar reciba poderes dictatoriales en 1824, anulando así la posibilidad de que las élites adquieran mayor protagonismo.

Y si Lima debía ser importante, en parte esto era así por la proximidad de las fortalezas del Callao, el Real Felipe. Se trataba de una serie de construcciones fortificadas que debían proteger a la ciudad de Lima, en calidad de puerto defensivo de aquella. Desde que llegaron al trono español los reyes de la casa de Borbón, hubo plena conciencia de la necesidad de reforzar las defensas americanas. La enemistad con Inglaterra hacía prever ataques a los intereses españoles en América. De esta manera, se reforzaron defensas antiguas, y se construyeron otras nuevas. Tal fue el caso del Fuerte del Real Felipe, en el puerto del Callao, cerca de Lima. Tras 27 años de trabajo, el Real Felipe contaba con varias estructuras que favorecían la defensa de la cercana Lima ante posibles ataques navales. Esta fortaleza se podía convertir así en un punto determinante a la hora de decidir el destino de Lima, y quizá del Perú. No obstante, como vamos a ver, el virrey la Serna decidió que Perú podría mantenerse en manos realistas, pero solo si lograba llevar la lucha fuera de la ciudad, al territorio de la sierra, que conocía muy bien.

De esta manera, cuando los ejércitos revolucionarios estaban a punto de llegar a Lima procedentes del Sur, el virrey toma una arriesgada y cuestionada decisión: abandona Lima con sus tropas. San Martín, deseoso de llegar a un acuerdo pacífico, se reúne con la Serna (mayo-junio 1821), en la hacienda de Punchauca cerca de Lima. En estas conversaciones, queda sobre la mesa la propuesta que hace el argentino de proclamar una monarquía independiente en el Perú, vinculada familiarmente a la dinastía española. La Serna no tiene autoridad para aceptar esta propuesta, y la rechaza. Con esto, se evaporan las expectativas de San Martín de evitar un conflicto que durará cinco años más. Definitivamente, la Serna con su ejército se adentran en la sierra, donde considera que será más sencillo resistir, dejando así la capital en manos del ejército rioplatense-chileno.

De esta manera, San Martín, cuando llega a Lima, no encuentra oposición militar, lo que le puede llevar a pensar que todo se resolvería según

el interés de las élites limeñas. Lima, sin guarnición que la proteja, no lucha contra San Martín. Por el contrario, el argentino logra con enorme facilidad la jura solemne de la independencia del Perú, firmada por los principales notables de la capital.

Nombrado Protector del Perú, San Martín había tomado como parte de su proyecto estratégico los fuertes del real Felipe en septiembre de 1821, tras la proclamación de la independencia el 28 de julio de ese año. El fuerte fue tomado por los independentistas el 19 de septiembre. La situación del Real Felipe fue cambiante en los cuatro años que duró la guerra de independencia en el virreinato, tal como veremos.

Se van tomando decisiones de este nuevo gobierno, paralelo al del virrey la Serna. Se abolieron privilegios, pero para contentar a los patricios del Perú, que no querían perder sus prebendas, funda la Orden del Sol, como se ha señalado anteriormente. San Martín se dedica a organizar un Consejo de Gobierno, nombra ministros, entre los que se encuentra su mano derecha, Bernardo de Monteagudo.

Para terminar con estos primeros sucesos provocados por la llegada a Lima de San Martín, diremos que, una vez formado el Congreso Constituyente del Perú en 1822, San Martín renuncia a su cargo de Protector, y deja el gobierno en manos del congreso. El 20 de septiembre de 1822, el Congreso asume el poder y nombra un Suprema Junta Legislativa, formada por tres diputados. Además, en sus primeros días de gobierno, nombra beneméritos de la patria a Bernardo de Tagle, José de la Riva Agüero y a Andrés de Santa Cruz. Poco duró este gobierno: el 11 de mayo de 1823, los militares imponen al congreso el nombramiento de Riva Agüero como presidente del Perú. Esto no resuelve la situación de la ciudad, a la que llegan los realistas bajo el mando de Canterac, haciéndose con su control el 13 de junio de 1823.

El 17 de julio de 1823 el congreso elige presidente de la república a José Bernardo Tagle. Este nombra como vicepresidente a Diego de Aliaga. Disputas internas, añadidas a la presión de la guerra, dividen las lealtades entre Riva Agüero y José Bernardo de Tagle, y un congreso que fluctúa entre Lima y Trujillo, según el avance de las tropas.

Mientras tanto, San Martín, consciente de que los ejércitos del norte y del sur necesariamente han de negociar una solución única, acude a Guayaquil a entrevistarse con Bolívar. El 26 de julio de 1822 tiene lugar la famosa entrevista de Guayaquil, de la que no tenemos testimonios ajenos. Lo cierto es que el republicano Bolívar y el monárquico San Martín no iban a llegar a una solución conjunta. No solo por las diferentes formas de gobierno que planteaban, sino porque el reino de Quito era causa de fricciones entre ambos ejércitos. Aunque tradicionalmente había formado parte del virreinato

del Perú, en la última reestructuración llevada a cabo por los Borbones, Quito pasó a engrosar el territorio del Nuevo Reino de Granada.

Por tanto, el debate estaba en torno al futuro de Quito: o bien se incorporaba a la Gran Colombia soñada por Bolívar, o bien volvía a Perú. Fuera cual fuese el tono de las conversaciones y lo que allí se habló, sabemos que San Martín regresó a Lima, para terminar abandonando América, dejando la lucha independentista. Enfermo, se marchó a vivir a París, de donde nunca regresaría con vida.

El 1 de septiembre de 1823, Simón Bolívar llega con sus ejércitos a Lima. Al día siguiente, el congreso le concede todos los poderes, para que pueda acabar con la anarquía. Se da un paso más cuando se le otorga la suprema autoridad militar de la república del Perú, bajo el nombre de Libertador. Torre Tagle tendrá que compartir con el Libertador las decisiones políticas. La puntilla a la recién nacida república constitucional se dará cuando el congreso, el 10 de febrero de 1824, otorgue plenos poderes dictatoriales a Bolívar, invalidando aquellos artículos de la Constitución que pudieran disminuir las atribuciones del dictador. Con este acto quedaba en suspenso la autoridad del presidente y en receso la del Congreso. La causa es precisamente la toma de las fortalezas del Callao por parte de las tropas realistas.

En cuanto al reparto de las fuerzas de los ejércitos, los revolucionarios quedarán conformados por el ejército del sur, formado por las tropas chilenas y rioplatenses, y el ejército del norte, con predominio de los colombianos. Por parte realista, el ejército del norte será liderado por Canterac, el del Alto Perú por Olañeta, el ejército del sur por Jerónimo Valdés, y desde el Cuzco coordina las operaciones el virrey la Serna. El brigadier Rodil, desde Ica, dependerá de su superior Canterac, quien le reclama permanentemente refuerzos y avituallamiento.

Para terminar con la situación de la ciudad de Lima, es preciso indicar que los sucesivos cambios de ocupación provocaron saqueos y exigencias económicas por parte de ambos bandos, según asumían el control de la ciudad. Esta falta de estabilidad llevará con el tiempo a muchos de los que firmaron con San Martín el acta de independencia, a pensar que la mayor seguridad vendría de estar bajo las banderas del rey. Por este motivo, muchos de ellos se refugiarán en las fortalezas del Callao.

### *MOTÍN Y TOMA DEL CALLAO POR LOS REALISTAS*

Como se ha señalado, el Real Felipe en el Callao era considerado como la puerta que abría o cerraba Lima a las distintas fuerzas en combate. Las

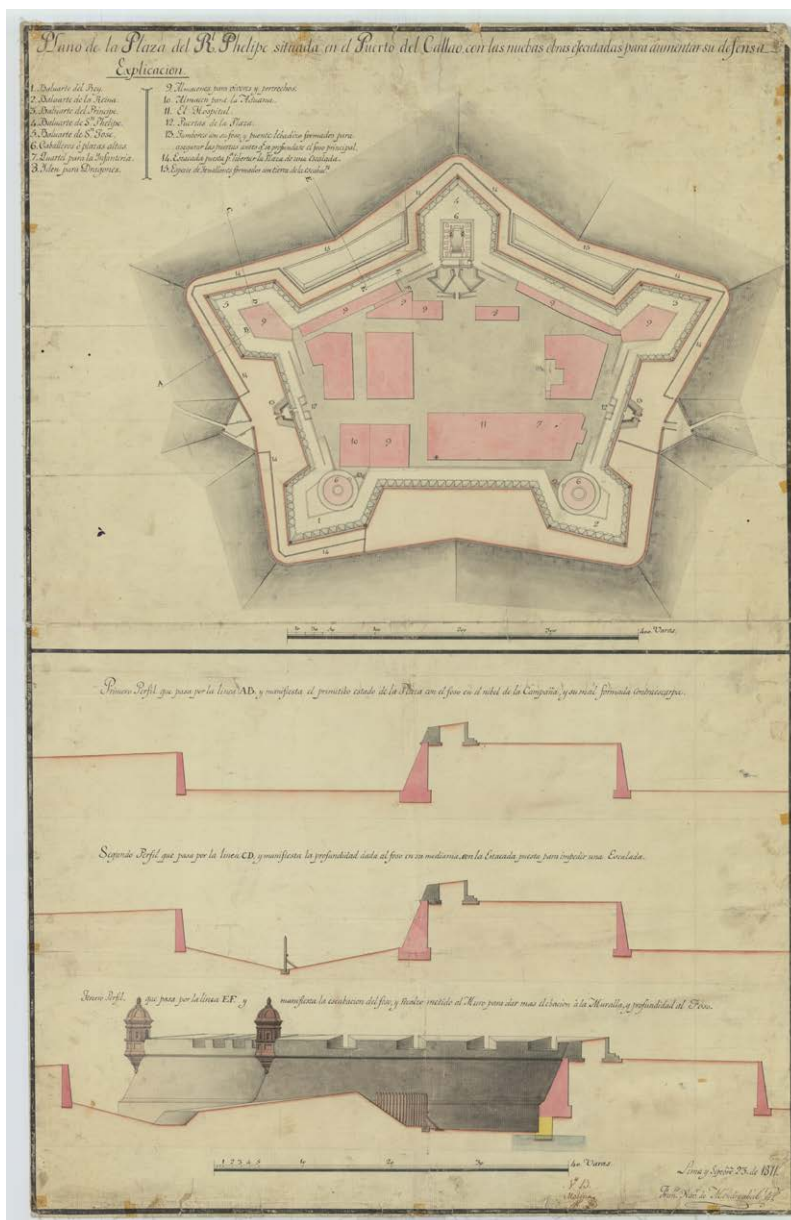
tropas de todos los ejércitos estaban exhaustas, y con permanentes reclamaciones en cuanto al pago de su trabajo. La miseria, el retraso en los sueldos, fue demandado por los oficiales, pero era especialmente criticado por los soldados. Este es el motivo por el que un motín del ejército patriota en el Callao acabe otorgando el mando de las fortalezas a los realistas, como veremos a continuación.

¿Qué sucedía mientras tanto en los castillos del Callao? Tras expulsar a los españoles en 1821, el regimiento «Río de la Plata», de Buenos Aires, se había hecho con el control de los castillos. Pero la situación de los soldados empeoraba día a día. El 5 de febrero de 1824, el sargento mulato argentino Dámaso Moyano, decidió encabezar un motín contra los oficiales, para reclamar sus soldadas. Incapaz de gestionar la rebelión, y con miedo al castigo de sus oficiales, aconsejado por otro amotinado, decidieron liberar al español Jose María Casariego, preso en las cárceles del Real Felipe. De esta manera, lo que era un motín, se convirtió en una rebelión realista orquestada por Casariego. No tardó el español en solicitar refuerzos a Canterac y a Rodil, indicándoles que las banderas españolas podrían ondear de nuevo en los castillos. El 11 de febrero, Jose Ramón Rodil, comandante de la zona, decidió responder a la llamada y marchar allí con sus hombres.<sup>9</sup> Se rompía así la unidad de lo que sucedía en Lima y la realidad de El Callao. Rodil fue suficientemente inteligente como para no hacerse ilusiones con respecto a cambio en la lealtad de las tropas sublevadas. Era perfectamente consciente de que ese levantamiento se había producido por la precariedad del estado de la tropa. Y, como primera medida, envió a uno de sus oficiales, Isidro Alaix, con la suma de diez mil pesos destinada a saldar la deuda contraída con la tropa.

Aunque Canterac en un principio pensó entrar en Lima con Rodil, finalmente delegó la tarea en el mariscal de campo Juan Antonio Monet. El encuentro de Rodil y Monet se produjo en Lurin el 27 de febrero. Dos días más tarde, entraban victoriosos en Lima, donde Monet ofreció amnistía a todos aquellos que abrazaran la causa del rey.

A continuación, el propio Rodil ingresaría con sus tropas en las fortalezas, y comenzó lo que sería la última defensa de los intereses realistas en el Perú, soportando un largo asedio que solo terminó cuando tuvo claras dos cosas: nadie les iba a socorrer, y la resistencia de los que quedaban cercados era absolutamente inviable. Pero ellos no lo sabían.

<sup>9</sup> Cornelio Espinosa, Christopher Gianmarco: *Los últimos defensores del rey en el Perú. Ramón Rodil y las élites limeñas en Lima y Callao durante las guerras de independencia (1824-1826)*. Tesis de Licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2015.



«Plano de la Plaza del Real Phelipe situada en el puerto del Callao...»,  
 por Francisco Xavier de Mendizábal. Año 1811. Servicio Histórico Militar.  
 Lámina Núm. 45, en *Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar*, tomo VIII,  
 Perú, volumen de cartografía. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996

Monet entregó a Rodil el nombramiento de gobernador político y militar del Callao. Se le prohibía expresamente en las instrucciones que recibió, llevar a cabo cualquier tipo de negociación, convenio o capitulación con los enemigos sin que lo mandara la autoridad superior inmediata. Así pues, Rodil inició los preparativos de lo que se convertiría en un duro asedio<sup>10</sup>. El Callao sería el fuerte defensivo de Lima, pero también base de operaciones o aprovisionamiento del ejército realista del norte, liderado por Canterac.

### *José Ramón Rodil*

¿Y quién era este hombre, que sostuvo la causa realista contra toda esperanza en los fuertes del Callao? Había asumido el mando de las fortalezas en marzo de 1824, reemplazando al teniente coronel Jose María Casariego. El 1 de octubre de 1824 comenzó lo que fue una auténtica resistencia numantina frente a los ejércitos independentistas, que terminó el 22 de enero de 1826.

La hoja de servicios de Rodil, conservada en el Archivo Histórico Militar de Segovia,<sup>11</sup> permea admiración y reconocimiento a lo largo de su dilatada carrera militar, comenzada como la de tantos contemporáneos, con la guerra de independencia contra las tropas napoleónicas. Como otros compañeros de estudios, se enroló en el Batallón Literario de Santiago de Galicia. Pronto demostró tener dotes militares, que le hicieron definir su carrera en las armas. Su último destino en la Península fue Gibraltar. Desde allí se preparó para atravesar el Atlántico, y luchar en América en defensa de las banderas realistas. El 16 de noviembre de 1816 embarcaba en Cádiz formando parte del regimiento Infante don Carlos, y teniendo como destino el virreinato del Perú.

Su regimiento se dirigió, después de atravesar el istmo de Panamá, hacia el puerto de El Callao, llegando a Lima el 17 de abril de 1817, aunque no desembarcaron en la capital, sino a 30 leguas de la misma. A partir de su llegada a América, la hoja de servicios de Rodil se entretiene contando el número de veces que se embarcó, o los diferentes momentos en que atravesó los Andes en una u otra dirección. Luchó en el reino de Chile, en la batalla de Maipú bajo las órdenes de Mariano Osorio<sup>12</sup>. Allí se destacó «cubriendo

<sup>10</sup> «Para la defensa, Rodil debía establecer una buena maestranza en el baluarte del Príncipe, hacer un buen cuartel en el de San José..., habilitar un hospital, disponer del armamento necesario, construir monturas y reunir el avituallamiento que el ejército pudiera necesitar». Fernández, *op. cit.*, pág. 181.

<sup>11</sup> AGM. Caja 146, exp. 8, Rodil, José Ramón. Fol. 3r-4r

<sup>12</sup> *Ibidem.*, fol 5

la retirada de más de setenta y seis leguas con setecientos hombres de todas armas, atravesando el país sublevado y cortado por los más arriba nombrados, llegando el día 12 a la ciudad de Concepción con 20 individuos que resistieron sin descanso la falta de alimentos y sueño»<sup>13</sup>.

Le fueron encomendadas diversas misiones, tanto por Joaquín de la Pezuela, como por su sucesor, el virrey José de la Serna. El 8 de noviembre de 1821 fue nombrado segundo Ayudante general de Estado Mayor, pasando al cuartel general de Huancayo a desempeñar su nuevo destino.

A mediados de 1823 ejerció de manera interina las funciones de jefe del Estado Mayor General del ejército, con lo que obtenía el gobierno civil y militar de la ciudad de Lima, en ese momento de nuevo bajo poder realista.

El 5 de febrero de 1824, siempre siguiendo la hoja de servicios del oficial, auxilió «con el metálico que le fue posible dicha plaza [el Callao] cuando se pronunció por la causa del Rey.»

Y así es como comenzó la aventura que le daría la fama y gloria mayor, reconocida por las autoridades españolas al regresar a España. Ya no salió del Callao hasta que se convenció de que las opciones de defenderlo eran inexistentes.

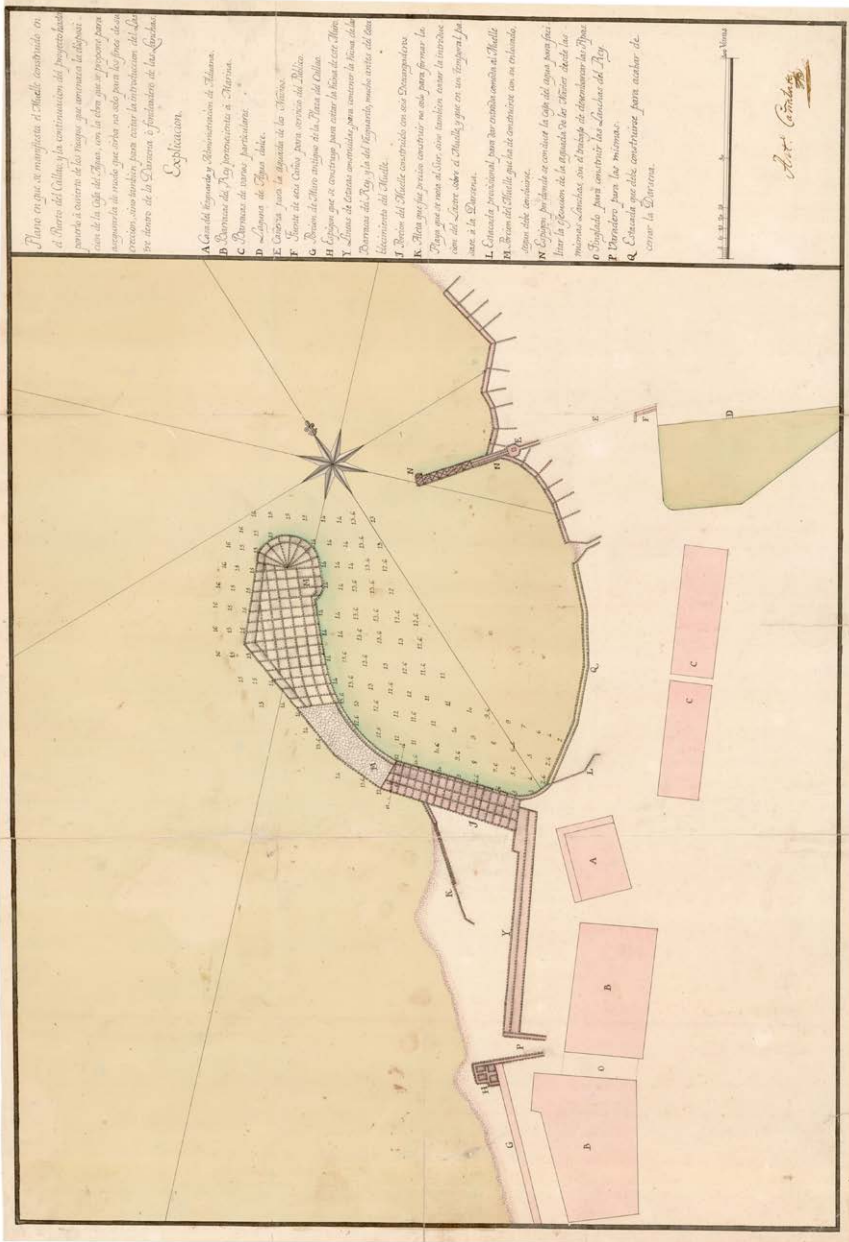
*«Ocupadas las dos Américas por los rebeldes, sin oposición alguna a pesar de haber sido capitulado en Ayacucho por el General en jefe, Teniente General D. José Canterac, se resolvió a defender la fortaleza del Callao que comenzó en 12 de noviembre de este año. Defendiendo el Callao de Lima contra las fuerzas terrestres y marítimas de ambas Américas. 1826: En 23 de enero terminó la defensa por falta de hombres y víveres, salvando la guarnición que pudo sobrevivir con la que regreso a la Madre Patria, desembarcando en la Coruña el 21 de agosto con una larga travesía por el Cabo de Hornos, por cuya heroica, bizarra y obstinada defensa obtuvo la cruz de San Fernando de 4ª clase en juicio contradictorio con los almirantes extranjeros y comandos que se hallaron y presenciaron en el mar Pacífico el hecho de armas mencionado».*<sup>14</sup>

Hasta aquí el relato oficial de la hoja de servicios de Jose Ramón Rodil. Cuestionados sus métodos por muchos, sin embargo, el estado le reconoció el mérito de haber mantenido hasta más allá de los límites exigidos, la plaza del Callao leal al rey Fernando VII.

Las breves líneas recogidas en este documento oficial corresponden a meses de lucha contra el enemigo y contra las enfermedades. También hubo castigos para los considerados traidores dentro de las propias fortalezas del

<sup>13</sup> *Ibidem*, fol 5v.

<sup>14</sup> *Ibidem*, fol 7r



Muelle del Callao. Centro Geográfico del Ejército de Tierra (CGET Ar.J-I.8-C.3\_52)



Callao. El relato más detallado que tenemos de aquellos meses de asedio nos lo proporciona el propio Rodil, en su *Memoria del sitio del Callao*.<sup>15</sup>

Los autores de la edición crítica de la *Memoria*, señalan que ha sido esencial conocerla para objetivar el juicio de la historia sobre los hechos del Callao. Hasta que se publicó esta Memoria, los relatos que se conocían acerca del sitio del Callao eran fundamentalmente los realizados por independentistas, o por aquellos que se fugaron de las fortalezas, y contribuyeron a crear la imagen de un Rodil convertido en autentico monstruo sin escrúpulos.

### *EL CALLAO: DE SALVACIÓN A CEMENTERIO*

Tras la batalla de Junín, con la derrota de las tropas realistas, el virrey La Serna ordenó a Rodil que enviara a Chiloé todos los barcos y tripulación de que dispusiera. El comandante de la plaza cumplió las órdenes, con Guruceta al frente de aquella armada.

Bolívar, mientras tanto, se iba acercando a Lima, lo que animó a los independentistas a volver a presentar ofensiva; pero igualmente los habitantes del Callao se prepararon para una defensa inmediata, obteniendo varias victorias frente a las vanguardias del ejército colombiano. En ellas se señalaron militares españoles como Aznar, Alaix o Zavala, que recibirían alto reconocimiento.

Bolívar, resentido ante la derrota infligida a sus militares, comenzó los preparativos para tomar Lima, tal como La Serna avisaba a Rodil el 6 de noviembre.

Viendo la diferencia de fuerzas, superiores en número las de Bolívar, Rodil decidió ceder terreno en Lima y centrar la defensa en los castillos.

En diciembre de 1824, las tropas de Bolívar se asentaban definitivamente en la ciudad de Lima. Esto sucedía después de la batalla de Ayacucho, y dado que Rodil se negaba a rendir su plaza, a pesar de las capitulaciones firmadas por sus superiores, Bolívar tomaría duras medidas contra los que resistían en el Callao y aquellos que desde fuera les ayudaran. A pesar de los esfuerzos de Rodil por difundir la noticia de que Ayacucho no significaba el fin de la guerra, la *Gaceta Extraordinaria de Lima*, en el número del 22 de diciembre, mencionaba la rendición y publicaba el texto de la capitulación, que incluía la entrega de los castillos a los patriotas. Además, el 26 de ese

<sup>15</sup> Rodil, José Ramón: *Memoria del sitio del Callao*. Edición y nota preliminar de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla, 1955.

mes, arribaba a la bahía del Callao el buque inglés *Cambridge*. El comodoro Tomás Jaime Mailing comunicó a Rodil que él sería el elemento neutral para negociar la rendición del Callao, tal como habían acordado Bolívar y los jefes realistas. Rodil se negó en rotundo a entrevistarse con aquellos que venían en el buque, y desde luego, no estaba en absoluto dispuesto a rendir la plaza. Por el contrario, se aprestó a mejorar aún más las defensas del Callao. Además, escribió en enero a Guruceta pidiéndole que con su escuadra contribuyera a la defensa del último bastión español en el Perú. Sin embargo, Guruceta abandonaría Perú, dejando en soledad a quienes hacían ondear las banderas españolas en los castillos del Callao. El asedio se completaría cuando la escuadra al mando del vicealmirante Blanco Encalada, puso bloqueo por mar a los sitiados el 10 de enero de 1825. El asedio por tierra se concretaba en continuos ataques a las partidas que salían de la plaza del Callao. Además, sin parar llegaban refuerzos de tropas que Bolívar había pedido.

En Lima se seguían con interés los sucesos del Callao. Bolívar, el Protector, había obtenido del Congreso plenos poderes y se convirtió en un dictador. Esto llevó a las grandes familias a pensar que definitivamente estaban mejor bajo las banderas de España. Los Torre Tagle solicitaron el apoyo de José Ramón Rodil, quien accedió a alojarlos y los instaló en su residencia con todas las comodidades que podía brindarles en ese momento. Era una amplia zona de la fortaleza lejos de las cuadras.

Esta decisión les costó cara, y empezaba para ellos una auténtica pesadilla. Las familias que se refugiaron en los fuertes estaban obligadas a llevar con ellos todas las provisiones que necesitaran. Al principio, la esperanza de un pronto socorro ayudó a solventar dificultades. Sin embargo, el socorro no llegaba, y las provisiones comenzaban a escasear. Rodil se vio obligado a racionar víveres y municiones. Comenzaba un largo y trágico asedio que se cobraría centenares de vidas, y llevaría a muchos al borde de la extenuación.

Para hacer frente a la falta de bastimentos, Rodil tuvo que improvisar todo tipo de soluciones. Entre otras, quitarse de encima bocas hambrientas y no productivas. Así, permitió que se marcharan mujeres, niños y ancianos, lo que en cierto modo mitigó las carencias que ya se comenzaban a notar.

Sin embargo, la falta de alimentación se tornó una auténtica tragedia. Se comían caballos, mulas, asnos, e incluso algunos reconocieron haber comido de los cuerpos muertos de sus compañeros de asedio. El trueque era el medio habitual de comercio, y entonces se vio cuán poco útiles eran las joyas que hasta entonces habían sido altamente valoradas por las elites de la ciudad. Oro, plata, porcelana, sedas... perdieron todo su valor frente a un pedazo de carne.

Al hambre sucedió, como pasaba en los viajes largos y complicados, las enfermedades, especialmente el escorbuto, tan temido en las largas travesías del siglo XVI, provocado por la falta de vitaminas. Se vivieron auténticas tragedias, y familias enteras perdieron la vida.

La firmeza de Rodil, que se hacía sentir en su resistencia frente al enemigo, también se puso de manifiesto en el trato a los refugiados. Tras el asedio, fueron muchas las voces críticas que hablaron de la crudeza e incluso crueldad con que Rodil mantuvo el sitio y trató a los sitiados. No es completamente objetivo este juicio, dado que tenemos testimonios de cómo Rodil autorizó a familias a salir de los castillos ante lo desesperado de la situación.

### *EL ASEDIO*

Ya se ha mencionado cómo algunos de los relatos conservados acerca de la situación del asedio del Callao no son favorables a Rodil. Se le acusa de una tozudez irracional al empeñarse en resistir cuando la causa estaba más que perdida, tras la capitulación de Ayacucho. De la lectura de su Memoria se desprenden varias ideas que ayudarán a percibir de manera más objetiva las motivaciones del oficial.

Y, en cualquier caso, creo que debemos diferenciar dos períodos en la defensa del Callao. El primero, desde su ocupación en febrero de 1824. El segundo, a partir de la batalla de Ayacucho, el 9 de diciembre del mismo año, y que no terminará hasta que, exhaustas sus fuerzas y las de quienes le acompañan, y perdida la esperanza en un socorro venido de fuera, rinde la plaza en enero de 1826.

### *Antes de Ayacucho*

Creo que es necesario tomar en consideración las propias reflexiones que Rodil hace acerca del inicio de su empresa defensiva, para tener una visión certera de lo que sucedió, y de las motivaciones del oficial. A lo largo de su Memoria, se extiende en las pobres circunstancias defensivas en que encontraron el fuerte, y la insalubridad que encontraron a su llegada, fruto de la anterior ocupación por parte de las tropas independentistas.

«El 19 del mismo mes [marzo] examiné conmigo y por mí mismo las circunstancias militares y políticas que ocupaba, y me vi Gobernador interino de la única plaza fuerte que existe en Perú, sin medios efectivos ni conocidos

para sostenerla».<sup>16</sup> Esta situación se dio cuando Monet y su ejército abandonaron el Callao. Rodil hace un recuento de las fuerzas con las que cuenta, y de las condiciones de vida en las fortalezas, tal y como están después de varias ocupaciones por parte de los realistas y de los independentistas<sup>17</sup>. Las descripciones que realiza de la situación que se encontró a su llegada al Callao no hacen sino hacer aún más asombrosa la resistencia que comenzaba en aquellos momentos y que se mantendría hasta enero de 1826<sup>18</sup>.

En su escrito hace un recuento de las fuerzas con las que debía contar esa plaza en circunstancias normales, como defensa (3.200 hombres, de ellos 700 artilleros, 2.000 de infantería, 200 de caballería y 300 facultativos). Sin embargo, él contaba tan solo con 88 artilleros, 1109 infantes en dos cuerpos «que no vinieron ni a media dotación de oficiales», y noventa hombres de caballería. Además, sin víveres apenas para dos meses, y con una tesorería bajo mínimos. Y con 9.000 personas que defender y mantener con vida dentro de las fortalezas.<sup>19</sup>

A este respecto, Cornelio Espinoza ha señalado el interés por conocer a la población civil que buscó abrigo en las fortalezas. Señala nombres tan relevantes como el marqués de torre Tagle, el conde de San Juan de Lurigancho y su hermano Diego de Aliaga, Juan de Berindoaga, y otros tantos apellidos de la élite limeña<sup>20</sup>.

Por tanto, es muy consciente de que no podrá resistir si no es por la llegada de un auxilio que complete tan paupérrimos medios. De hecho, en otro lugar de su Memoria cuenta que, a la vista de esta realidad, solicitó reiteradamente su relevo<sup>21</sup>. Pero a la vez, cuando tiene claro que tal relevo no se iba a producir, empeñará todas sus fuerzas en defender lo que se le ha encomendado,

Se dispone a prepararse para un largo asedio: fortifica la plaza, guarnece de artillería los castillos, establece orden y disciplina entre todos lo que se acogieron a la bandera de España.

<sup>16</sup> Rodil, José Ramón: op. cit., pág. 8

<sup>17</sup> *Ibidem*: «El tamaño, planta de fortificación, y el terreno en que está construida, permitirían colocarla entre las de segundo orden: pero en realidad nunca tuvo ni tiene las obras necesarias o constitutivas de esta escala: no estaba artillada, no ofrecía a la vista otra cosa que un sepulcro por la insalubridad en que la había puesto en un temperamento muy cálido y muy húmedo, el abandono imponderable de los enemigos y la inmundicia de todo género pestífero que sobreabundaba».

<sup>18</sup> *Ibidem*.

<sup>19</sup> *Ibidem*.

<sup>20</sup> Espinoza, Cornelio: *Los últimos defensores del rey en el Perú. Ramón Rodil y las élites limeñas en Lima y Callao durante las guerras de independencia (1824-1826)* PUCP. Lima, 2015, pág. 137

<sup>21</sup> Cornelio Espinoza señala, entre otras causas para la petición de relevo por parte de Rodil, el deterioro de las relaciones entre este y Canterac.

Se lamenta en su escrito de un abandono que, si no hubiera sido tal, y se hubiesen incrementados sus fuerzas, habrían logrado evitar la rendición final. También hay cierto tono quejoso cuando advierte que por orden de Canterac se deshizo de un buen número de soldados que fueron a apoyar el ejército realista.

Como buen militar que era, fue plenamente consciente de que no tenía sentido una resistencia numantina. No, no pensaba en un suicidio, por muy heroico que fuera. Estaba plenamente convencido de que su resistencia daría tiempo a organizar una verdadera «reconquista» del Perú. Pero no acertó en sus cálculos. Ni la armada española que aún navegaba por las costas de Perú acudió en su ayuda, ni desde Madrid se envió la fuerza que esperaba para volver a afianzar el poder real en el Virreinato.

*Tras la capitulación (9 de diciembre de 1824- 23 de enero 1826)*

El segundo período, sin duda el más duro, comienza cuando llegan las noticias de la capitulación de Ayacucho

Por una parte, Rodil consideró que la capitulación de Ayacucho fue una traición a la Patria, puesto que mientras hubiera fuerzas resistiendo a los independentistas en diversos lugares del Perú, no se podía dar la guerra por concluida; ese es el motivo por el que primero no cree, y después no acepta, los términos de dicha capitulación, que dedicaba los puntos 11 y 12 a las fortalezas del Callao:

- En el número 11 se señalaba que la plaza del Callao sería entregada al ejército unido libertador, y su guarnición sería comprendida en los artículos del tratado. En la ratificación por parte de los patriotas se añadía que la plaza, con todos sus enseres y existencias, sería entregada a disposición del Libertador en un plazo de veinte días.
- El punto número 12 insistía en incluir la plaza del Callao cuando se anotaba que se enviarían jefes de los ejércitos español y unido libertador a las provincias unidas para que los unos reciban y los otros entreguen los archivos, almacenes, existencias y las tropas de las guarniciones.

La lealtad al rey de Rodil estaba asentada sobre la confianza en que el propio monarca no abandonaría a quienes heroicamente defendían el único bastión realista que quedaba en el Perú. Por este motivo cuestiono la legitimidad de la capitulación, y se empeñó en continuar la lucha. Su postura era esta: si Guruceta (jefe de la flota) desde el mar, Quintanilla desde

Chiloé, y él mismo desde el Callao resistían, la supuesta ayuda española podría apoyarse en estos tres bastiones para recuperar el Perú, tras «la infausta escaramuza de Junín el 6 de agosto, y la desgracia que sobrevino el 9 de diciembre en Ayacucho, donde las armas del rey y el nombre español, tan costosamente sostenido y encumbrado en el Perú, se sumieron en un océano de ignominia»<sup>22</sup>.

De hecho, lejos de aceptar la capitulación, en carta al comandante en jefe de la escuadra española en el Pacífico, Roque Guruceta, le hace ver que todavía, si se unían las fuerzas realistas desperdigadas por el Perú, se podría alcanzar una victoria que borrara el bochorno de Ayacucho. Esta carta llevaba fecha de 27 de diciembre de 1824. Estaba Rodil lejos de comprender la verdadera situación que se cernía sobre el pueblo y ejército asentados en el Callao.

Cartas similares, que derrochan una ciega confianza en el apoyo que se le prestará son enviadas al brigadier Mateo Ramírez, al defensor de Chiloé, Antonio Quintanilla, al ministro de guerra de España... todas ellas impregnadas de la seguridad de que alguien vendría su ayuda, y afirmando que él será capaz de defender el Callao hasta que llegue tal ayuda. Se lamenta con amargura del abandono de Guruceta, que con su escuadra se dirige ya a Manila, abandonando el Perú a su suerte.

Peor aún se ponen las cosas cuando el 2 de enero de 1825, Bolívar declara a todos los que se encuentran dentro de los castillos fuera del derecho de gentes, separados de la nación española, y fuera del derecho de las naciones. Es decir, la no aceptación de la capitulación firmada por sus superiores colocaba a Rodil al margen de derecho<sup>23</sup>.

A lo largo de su *Memoria*, Rodil relata penalidades y decisiones que debe ir tomando, como la de enviar fuera de los castillos a mendigos y personas que no podían sostenerse por sí mismas; hará lo mismo con aquellos que no estén en condiciones de luchar. Y por si no fuera suficiente la menguada capacidad militar, señala que «me están atormentando las enfermedades de escorbuto, vicho [SIC] o disentería e hidropesía, peculiares de navegaciones u sitios largos.»<sup>24</sup>

La situación del Callao iba de mal en peor. No solo preocupaba la defensa, sino la cantidad de bocas que alimentar. En mayo se produjo un considerable desalojo de lo que Rodil consideraba en cierto modo «bocas inútiles». Parte de la población civil salió para incorporarse a la ciudad de

<sup>22</sup> Rodil, José Ramón: *op. cit.*, pág. 19.

<sup>23</sup> Rodríguez Aldana, Christian: *Las últimas banderas. Rodil, el Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824 - 1826)*, pág. 152.

<sup>24</sup> Rodil, José Ramón: *op. cit.*, pág. 70.

Lima. En algunos casos no fueron bien acogidos. Tal es el caso de Torre Tagle, que fue capturado cuando trataba de huir por mar, o Berindoaga, que buscó asilo entre las tropas independentistas. Ambos serían fusilados por traición a la patria cuando llegaron al bando patriota.

En otro momento, Rodil critica las malas artes del enemigo, que trata de atraer con falsas promesas a todo aquel soldado que quiera abandonar los fuertes y unirse a los patriotas.

En julio de 1825 recibe varios oficios del general Salóm, jefe del ejército sitiador, conminándole a una rendición digna. Lo mismo hace el Almirante de la escuadra que bloquea al puerto, Manuel Blanco Encalada, que trata de poner a Rodil en la realidad de ejércitos desertores, insurrección en la armada de Guruceta en los archipiélagos del Pacífico, o el reconocimiento por parte de Inglaterra de la independencia de las principales repúblicas americanas. Así trata de mover a Rodil:

*«¿Y todavía encontrará V. General un motivo de honor que autorice sus medidas inútiles? ¿Todavía veremos fría y sangrientamente derramar sangre humana sin objeto, sin gloria y sin justicia?»<sup>25</sup>.*

La respuesta de Rodil a tales palabras es siempre de indignación, ante el planteamiento de la posibilidad de abandonar la plaza sin haber llegado al fin de sus fuerzas. Pone como ejemplos de defensa heroica los de tantas ciudades peninsulares que resistieron los ataques napoleónicos, frente a toda esperanza.

Lejos de mostrar desaliento, en octubre y con motivo del cumpleaños del rey, redactará una proclama dirigida a todos los sitiados, en la que trata de insuflar aliento, esperanza, y deseos de resistencia heroica, siempre apoyándose en el auxilio que esperaba recibir pronto<sup>26</sup>.

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 85. Así continúa la misiva: «¿Todavía se ha de aventurar a un destino horrible a una porción de vecinos pacíficos, y a una guarnición benemérita, digna por lo mismo de los miramientos de V? Si el exceso de consideración al bien de mis semejantes; si el respeto que inspiran siempre los guerreros valientes no me alucina, yo distingo la línea hasta donde alcanzan los deberes de V. como General, y la que señalan los oficios de humanidad; y creo que la época de ponerlos en práctica ha llegado».

<sup>26</sup> «Los sacrificios generosos que prodigan estos: inexpugnables baluartes en el transcurrido período de diez meses y días, humillan al enemigo más engreído, y llenan de noble orgullo a los valientes: que los defienden. La aproximación de nuestros hermanos que ambicionan nuestra suerte y están acaso hoy surcando estos mares, por noticias del mejor crédito que he recibido recientemente abrirán un campo de delicias a nuestras fatigas y penurias...

Así, como Gobernador y Padre vuestro (si soy digno de tan dulce nombre), plegue al Cielo no retrogradéis de vuestra conducta, para que los hombres imparciales de las naciones cultas valoricen el mérito a que tan dignamente os habéis hecho acreedores, apresurándose con justicia a colocaros en la cumbre de la inmortalidad. = Real Felipe del Callao, Octubre, 14 de 1825. = Rodil». Rodil, José Ramón: *op.cit.*, pág. 110.

Hoy sabemos que los últimos meses en el Callao fueron un auténtico infierno para los sitiados. Los textos que recoge la memoria de Rodil no son tan esperanzadores como los primeros. Paulatinamente va tomando conciencia de que el socorro esperado no va a llegar. Y es solo entonces, cuando decide que no hay motivo para continuar resistiendo. Su innegable lealtad al rey no se cuestiona. Simplemente comprende que España se ha rendido, y como se ha señalado anteriormente, no es un suicida romántico que pretenda entregar a sus enemigos una nueva Numancia. Ha resistido mientras lo ha considerado su deber. Pero ese deber ya no le obliga, puesto que la autoridad real no espera de él esa resistencia.

Entre el 29 de diciembre y el 7 de enero se recrudeció el fuego enemigo. Rodil solo contaba con una fuerza eficaz de 444 hombres. Junto a ellos, otras 870 personas; todos, esqueletos ambulantes. Llegado este punto, Rodil comprendió que no tenía sentido seguir resistiendo, y comenzaron las conversaciones con el intermediario inglés, comandante de la *Briton*, Murray Maxwell. El 15 de enero comenzaron las conversaciones que terminaron en la entrega de los castillos con la capitulación del 22 de enero de 1826, ratificada por el español al día siguiente. Quintanilla, en Chiloé, había capitulado el 19 de ese mismo mes. Terminaba definitivamente la presencia española en Perú.

La capitulación ratificada por el defensor de los castillos del Callao, como señala Fernández<sup>27</sup>, fue generosa. Se amnistiaba a todos los que habían resistido, serían embarcados con destino a la península costeados por los independentistas, y los americanos que así lo desearan se quedarían.

Rodil regresaba a España, donde sería recompensado por su heroica defensa y lealtad, y comenzó otra etapa de su carrera militar, que corresponde a otro capítulo de nuestra historia.

### *LA INGENUIDAD DE LA PENÍNSULA*

Hasta aquí, la descripción de las circunstancias que en Perú propiciaron el tremendo asedio a las fortalezas del Callao en Perú, y el relato de la resistencia casi sobrehumana de Jose Ramón Rodil con un puñado de hombres, civiles y militares, que habían visto descender considerablemente su número entre marzo de 1824 y enero de 1826.

Y, sin embargo, nos resultaría incompleto este análisis sin tener en cuenta lo que mientras tanto sucedía en la Península. Al fin y al cabo, fue

<sup>27</sup> Fernández, Delfina: *op. cit.*, pág. 224.



la actitud de los realistas que se encontraban en España lo que terminó decidiendo la rendición de Callao. Si Rodil hubiera albergado la más mínima esperanza de un auxilio llegado de España, no habría arriado la bandera realista de las fortalezas.

En otras ocasiones he tratado los trabajos del Consejo de Estado relativos a las guerras americanas<sup>28</sup>. En su día señalé que se pueden diferenciar tres consejos de estado, siguiendo las etapas del reinado de Fernando VII: el absolutista, el constitucional y el que correspondería la década final del reinado, y que coincide cronológicamente con los hechos centrales descritos: el asedio del Callao y el final de su resistencia.

Se mencionó al inicio de este artículo que hay algo común en las reacciones de los diferentes gobiernos de España en su percepción de las guerras de independencia. Un desconocimiento de la realidad, que pecaba en ocasiones de ingenuo, o de prepotente. Cada cambio de gobierno implicaba la fe en que quien llegaba al poder arreglaría aquello que parecían movimientos revolucionarios coyunturales. Lo interesante es que esta era la visión de España, pero no la compartía ninguna de las demás potencias europeas.

Cuando Fernando VII regresa al trono tras la derrota de Napoleón, decide gobernar como si nada hubiera pasado durante sus años de ausencia de la Península. Pretende hacer tabla rasa de las Cortes de Cádiz, restablecer un poder absolutista, y enviar un ejército a América para sofocar esos focos insurgentes, cuyo calado no termina de comprender.

Sabemos que la expedición comandada por Pablo Morillo, veterano de las guerras napoleónicas, logró triunfos bélicos, pero levantó pasiones contra España por la crudeza de sus métodos. La situación se complicó aún más cuando el segundo ejército, que debía ir a Río de Plata, se subleva contra el rey en 1820 y le obliga a gobernar bajo la constitución de 1812.

### *El trienio constitucional*

Nuevamente encontramos incoherencia entre la realidad americana y las decisiones tomadas en la península. Los constitucionalistas peninsulares parecen convencidos de que la revolución ha derivado en un anti absolutismo y, por tanto, la conciencia de los nuevos derechos adquiridos con el establecimiento de una constitución hará retornar a los díscolos americanos a la obediencia.

<sup>28</sup> Saavedra, María: «La resistencia de Rodil en el Callao», en *Nueva Cronica*, nº 3, Lima 2014 y Saavedra Inaraja, María (2011). «El tratamiento de la independencia de América en el Consejo de Estado: 1815-1825» (pp. 389-405). En Colomer Viadel, Antonio. *Las Cortes de Cádiz, la Constitución de 1812 y las Independencias Nacionales en América*. Ed. Amadís Valencia, 2011.

El 2 de abril de 1820, tras el levantamiento constitucional, en sesión extraordinaria del Consejo de Estado, se trataba el tema de ultramar, siguiendo una real orden que incluía la proclama del rey Fernando en la que invitaba a los americanos a seguir el camino constitucional, ya abrazado por los peninsulares encabezados por el propio rey<sup>29</sup>. La real orden que justifica la convocatoria extraordinaria del Consejo tenía fecha de 31 de marzo, y fue comunicada desde la Secretaría de Despacho de la Gobernación de Ultramar al Secretario del Consejo, el sr. Salmón.

Este mes de abril de 1820, clave en el inicio de la insurgencia en Perú, el Consejo debate acerca de cuál debe de ser la identidad y el destino al que han de dirigirse los comisionados que tratarán de devolver a América su obediencia a España.

Con la perspectiva que nos da la historia, comprendemos que los americanos rebeldes no aceptarían una constitución que no fuera la propia de cada una de las repúblicas. Ya era tarde para retornar a la patria, cuando habían visto de cerca el atractivo de vivir de manera independiente. Esta

---

<sup>29</sup> Real orden Gobernación de Ultramar = Reservado y urgentísimo= Considerando el Rey la importancia de que se comuniquen a las Provincias de Ultramar los acontecimientos que han ocurrido en estos días en toda la Península, y el favorable resultado que han tenido de jurar S.M. la Constitución de la Monarquía, y de que se convoquen inmediatamente las Cortes, se sirvió resolver que para dar estos avisos del modo más conveniente se pidiese informe a la Junta provisional a fin de que expusiera quanto juzgara del caso. la Junta lo ha verificado con efecto; y se reduce su parecer a las cinco proposiciones siguientes: 1ª que inmediatamente se remita a América (pág. 3) para su publicación en cumplimiento el Decreto de convocatoria de Cortes, con la instrucción que se ha de observar en las elecciones de Diputados, y el manifiesto de la Junta que demuestra los fundamentos constitucionales en que se apoyan, tanto la convocatoria, como la instrucción expresada. 2ª que estos se acompañen con un manifiesto de S.M. a los súbditos de Ultramar, el qual contenga una exposición franca de las ocurrencias que han producido tan importante y feliz variación en el régimen político de la Monarquía; una demostración enérgica de las grandes ventajas que así a las Provincias de España como a las de América les debe acarrear el establecimiento de la Constitución, y la firme resolución de S.M. de llevar a cabo tan alta empresa en ambos emisferios (sic), apoyada en todos los Decretos y providencias que se han tomado desde que S.M. declaró hallarse decidido a jurar el Código sagrado de nuestros derechos. 3ª que esta comunicación se haga, no solo a los países sumisos, sino a los disidentes también, mandando a todos los gefes (sic) militares que suspendan las hostilidades, y que todas las autoridades promuevan con actividad el nombramiento de Diputados a las próximas Cortes en sus respectivos distritos. 4ª que si en algún país de los disidentes se negasen a nombrar sus diputados para las Cortes, se excite a sus naturales y a los gobiernos que los dirigen, por medio de las autoridades limítrofes, para que envíen sus comisionados a hacer presente a S.M. los deseos de sus respectivos mandatarios, y los medios más propios para restablecer los lazos fraternales que deben unir a los españoles de ambos mundos. 5ª y últimamente que S.M. en consideración del estado de algunas Provincias ultramarinas que pueda dexar reunido el mando político con el militar donde convenga, con arreglo al Decreto de las Cortes generales y Extraordinarias de 23 de junio de 1813 AHN, Estado, Actas del Consejo de Estado, Libro 22, fol 2 y 3.

visión política se unía a las expectativas económicas que suponía el poder romper el monopolio hispano, y comerciar directamente con otras potencias europeas. Inglaterra estaba dejando claro que sus intenciones al respecto serían más que beneficiosas para los americanos.

Sin embargo, mientras los sables y cañones seguían activos en distintos puntos de América, los señores del Consejo se reunían y debatían una y otra vez cuál sería la mejor manera de que los insurgentes volvieran a la obediencia.

En siguientes reuniones del Consejo sigue discutiéndose a cerca del mejor procedimiento para que las negociaciones tuvieran éxito. Se suceden semanas, meses... y mientras los independentistas americanos continúan ganando batallas, en el Consejo se discute acerca de los métodos a seguir. En sesión de 9 de octubre de 1821, se aprueba la siguiente resolución:

*«Que la España no consentirá la desmembración de ninguna parte de las posesiones de Ultramar, señaladas como constituyentes del Imperio español en la Constitución. Que esta resolución se publique como medio que conduce a desvanecer las esperanzas y proyectos anunciados».*<sup>30</sup>

Cuando se escribe esto, la práctica totalidad de la América española había proclamado ya su independencia. Las potencias europeas hacían planes para abrir nuevos mercados, y España seguía aferrada a la irrealidad del mantenimiento de los virreinos americanos a la obediencia del rey.

Los tres años de gobierno constitucional en España (1820-1823) hicieron que los políticos españoles estuvieran más pendientes de los problemas en la Península que de la realidad americana. La amenaza de una intervención de la Santa Alianza era más que probable, como sucedió. La entrada del ejército del duque de Angulema, con los *Cien Mil hijos de San Luis*, repuso con plenos poderes en el trono a Fernando VII y echó por tierra el sueño del constitucionalismo.

### *Últimos años de Fernando VII*

Los últimos años del gobierno de Fernando VII oscilaron entre sus deseos de volver al régimen del pasado y los de no provocar a los liberales, cediendo en asuntos menores de gobierno.

Nuevamente vuelvo a las actas del Consejo de Estado durante este período, para comprender cuál era entonces la visión que se tenía del panorama americano. Nos interesa especialmente, puesto que abarca los años de la guerra del Perú, la capitulación de Ayacucho, y la resistencia de Rodil en el Callao.

<sup>30</sup> AHN, Estado, Consejo de Estado. Actas. Libro 25, Apéndices.

A partir de estos datos, vamos a tratar de responder a la pregunta que ha estado presente a lo largo de todo este artículo: ¿tenía razón Rodil al pensar que el auxilio vendría de una España que se negaba a reconocer la independencia del reino del Perú? ¿Enviaría el rey una escuadra que desde el Callao desembarcara tropas para reconquistar el territorio perdido?

A mi juicio, las esperanzas se centraban en dos posibilidades: que el rey organizara una escuadra con tropas suficientes para que, unidas a los que aún resistían, volvieran a ocupar el territorio, o bien una intervención de la Santa Alianza, que ya se había visto una vez que no era un mero recurso retórico del Congreso de Viena, sino que había actuado con efectividad restableciendo a Fernando VII con plenos poderes.

En el caso de que la primera opción fuera viable, tras la batalla de Ayacucho una opción sería que los militares realistas embarcados hacia España desde distintos puertos americanos, conocedores de la realidad de aquellos reinos, regresaran a América. Pero estos militares tenían ya poca fe en la recuperación de América, y esa falta de entusiasmo se transmitía. Un realista que combatió en Perú, García Gamba, relataba el asombro con que los españoles acogían las derrotas de las tropas del virrey del Perú, pareciéndoles que aquel bastión nunca habría de caer<sup>31</sup>.

En cuanto a la Santa Alianza, hemos de considerar que las potencias europeas, lejos de querer apoyar al rey de España, veían con ambición las posibilidades comerciales que se abrían ante la ruptura del monopolio hispánico con América. Por tanto, no se iba a implicar en este proceso de reconquista, muy distinto a la realidad de restablecer en España un orden frente a los revolucionarios.

Pero además resulta muy significativa la falta de realidad en la que estaban sumergidos los políticos, o al menos eso se deduce de las mencionadas actas. Por una parte, saben que Inglaterra ha reconocido la independencia del Perú, y que enviará un delegado al congreso de Panamá convocado por Bolívar. Esta noticia se comenta en el Consejo del día 14 de febrero de 1826. Y en la misma sesión, los consejeros ponen de manifiesto su absoluto desconocimiento de la realidad americana. El secretario de despacho de guerra leyó una carta de Rodil fechada el ¡29 de julio de 1825! En la que asegura

<sup>31</sup> «Llenas todavía las cabezas de los españoles de los asombrosos triunfos obtenidos en el Perú en 1822 y 1823, cuyos detalles hacía poco que se habían conocido en Europa, que habían merecido grande aprobación y grandes aplausos á los vencedores hasta en los teatros de Madrid, la completa derrota del mismo ejército en Ayacucho era apenas creíble y causaba por lo tanto su noticia la más inexplicable sensación. En este estado, pues, de disculpable sorpresa común, no sólo las especies ofensivas, sino las inverosímiles y hasta las más absurdas eran lamentablemente recibidas sin examen». (García Gamba, 1916, p. 413). Citado por Rodríguez Aldana, Christian, *op. cit.* en pág.139



«Plano de la Batalla de Ayacucho entre el Exto. Real del Perú al mando...».—Año 1824. Servicio Histórico Militar. Lámina Núm. 52, en *Cartografía y Relaciones Históricas de Ultramar*, tomo VIII, Perú, volumen de cartografía. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996

mantener fieles al rey los castillos del Callao. Y los consejeros celebran las palabras del secretario de guerra sin saber que precisamente un mes antes de esa reunión, Rodil había firmado su capitulación definitiva.<sup>32</sup>

Considero que el factor esencial de la falta de motivos que tuvo Rodil para esperar un socorro fue precisamente la falta de conocimiento de la realidad americana desde la península, y el enorme retraso con que llegaban las noticias desde allí, lógico en un periodo de guerra.

Pronto a Inglaterra seguiría Francia en el reconocimiento de las nuevas repúblicas, y después lo harían otras potencias europeas. La concordia y el consenso del Congreso de Viena podían impulsar motivaciones políticas comunes, como era mantener el orden y la estabilidad. Pero cuando eran intereses económicos los que estaban en juego, esa concordia se rompía abiertamente, o con subterfugios.

Creo que es el conocimiento de los hechos paralelos a las guerras americanas, pero situados en la Península son la clave para comprender lo equivocado que estaba Rodil pensando que acabaría llegando un refuerzo militar por parte de España. En la Península, las diferencias entre absolutistas y liberales impedían mirar con objetividad lo que pasaba al otro lado del Atlántico, y menos aún poner remedio a aquello.

Los años siguientes no cambian la percepción que en la Península se tiene de América. Continúan las críticas a naciones que, como Inglaterra y Estados Unidos, van reconociendo a las nuevas repúblicas. Mientras tanto, América comienza un recorrido independiente, abre sus puertos, establece y recibe embajadores, con unas repúblicas cada vez más afianzadas en el panorama internacional.

---

<sup>32</sup> «Luego el Secretario de Despacho de Guerra leyó el papel que le dirige el \*Comandante del Callao D. José Ramón Rodil, fecha del 29 de julio del año último, en que dice que todas las disposiciones que le han llegado de SM hasta el índice nu. 826 (no se dice quales sean) están verificándose de la manera que tiene avisada por diversos conductos, y que no hay obstáculo que no venza con la lealtad, valor y constancia de los Gefes, oficiales, tropas y habitantes de aquella benemerita guarnición y Pueblo; y que el Pabellón español tremolara en aquellos baluartes todo el tiempo que se ha calculado conveniente». AHN, Estado, Actas del Consejo de Estado. 14 de febrero de 1826.

## BIBLIOGRAFÍA

- CORNELIO ESPINOSA, Christopher Gianmarco: *Los últimos defensores del rey en el Perú. Ramón Rodil y las élites limeñas en Lima y Callao durante las guerras de independencia (1824-1826)*. Tesis de Licenciatura. Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 2015.
- FERNÁNDEZ, Delfina: *Últimos reductos españoles en América*. Mapfre, Madrid, 1992.
- RODIL, José Ramón: *Memoria del sitio del Callao*. Edición y nota preliminar de Vicente Rodríguez Casado y Guillermo Lohmann Villena. Escuela de Estudios Hispanoamericanos. Sevilla, 1955.
- RODRÍGUEZ ALDANA, Christian: *Las últimas banderas. Rodil, el Callao y las últimas batallas por la independencia del Perú (1824-1826)*.
- : «Un tema poco conocido y bastante estudiado: la resistencia de José Ramón Rodil a través de libros, memorias militares, diarios y manifiestos personales», en *Nueva corónica* n° 2, Lima, 2013, pp. 289-311.
- SAAVEDRA INARAJA, María: «El tratamiento de la independencia de América en el Consejo de Estado: 1815-1825» (pp. 389-405), en Colomer Viadel, Antonio. *Las Cortes de Cádiz, la Constitución de 1812 y las Independencias Nacionales en América*. Ed. Amadís, Valencia, 2011.
- : «La resistencia de Rodil en el Callao», en *Nueva corónica*, n° 3, Lima 2014.
- VARGAS EZQUERRA, Juan Ignacio: «Cuando no había rey en España, Abascal lo era de América», en *Tiempos de América: Revista de historia, cultura y territorio*, n° 11, 2004, págs. 15-26.